

Inocente Arturo. Hay días en
que está uno, no como a medias, sino
como de todo. Me pongo a hacer
una poesía diminuta para la noble
hija de Arguoli, y me sale la siguiente
desvergüenza.

Sar. Pecos

Machacó Dios un rubí
en un alfiler de plata,
y volcándolo encima
llenó de pecos tu cara.
Al mismo Dios de los cielos
le quise enumerar la plana,
y fui borbando con besos
los botejuelas doradas.

Además, después de escrita, voy a tu carta
y ves que tu amiga es "guapa, morena
y con talento".

Intento hacer otra cosa que no califi-
que la persona, y se me ocurre otra
porquería. Mírala:

Los Gemelos.

Con gemelos del revers
contemplar quise tu cara,
y di un grito al ver que huías,
y que al huir te achicabas.
Volví otra vez los gemelos,
y te hallé a mí tan ceriana,
que encendí el aire de un beso
creyendo darte en tu cara.

¡Atesa! Chico, ¿verá esto la provincia
vera de la sangre? Por último, que
viendo huir de lo profano, me refu-
gio en lo místico, y cometo una herejía.
Mírala también:

He de mandar que te cerquen
con una verja de plata,
y que ante ti cada día
se diga misa del alba.
Todas las enredaderas
voltearán sus campanas,
y han de crecerse las rosas
como circunarios de llamas.
Será el calor ^{chorreante} ~~de fuego~~
de fuerza, alegría y gracia,
un clavelon que pareciera
una candela dorada.

Una mariposa enorme
será el misal de dos alas
que sobre el atril enseñe
el Evangelio en dos páginas,
y yo seré el sacerdote
que alza una magnolia blanca,
como el que eleva una hostia
menos bella que tu cara.

Excomulgado, excomulgado! Así y todo, esta
es la que pongo en el cartoncito que me
envías; pero si no te parece propio, símbolo
y requiriré haciendo presias hasta dar con una
adecuadas; no será tiempo perdido, pues, por ejem-
plo, estas dos primeras que van, se las voy a po-
ner en dos portales a' dos renovitas convidas
mías que se las traen y que quieren algo inédito.

¿Que hay de cosas? ¿Navais? Me acuerdo
mucho de la ventana bajo de un despacho,
cerca de la cual estoy yo tan a gusto; la com-
pañía de Navais no exhibe mis arrazamientos
que está visto que han de durar toda la vida.
al lado de Navais y en un despacho, estoy yo como
en mi propia casa, y tan es esto así, que en un des-
pacho y cerca de Navais, puedo vivir; no me
ocurre esto, delante de ningún otro navais, ni

¿No se tus señas?

con mis amigos más íntimos. En Madrid.
Luisa tampoco me araba casi; la veía como
a una camarada de letras, de ideas literarias. Ahi
veces me acuerdo de la familiaridad sagrada que
para mí ha habido siempre en aquella casa, que
tiene algo de mía. Tanto Luisa como Navis, como
con mi propiedad íntima de otros chiquillos in-
felices, que a veces se enfrovancho y arrojan llamas
de las uñas, mi de mí, no hacen el menor caso,
que es como yo estoy a gusto. — Bueno, ahí te
quedas, — dice a lo mejor Navis volandome la
palabra, y me deja en el despacho dueño de los
cienos de retratos de las paredes, de la ventanita
baja, del sofá donde también se duerme la
siesta. Luisa también tiene el buen gusto de no
dar importancia a mis pobres nervios temultuosos,
me saluda, ó no me saluda; baja a verme, ó
no le da la gana de bajar; cuando hablamos, a
lo mejor corta y va a otra parte; en fin, que yo
soy en la casa como el aire, ^{al} sin me hay q' temerle.
chiquitos, ó como el gato, que en una casa es como
su ambiente. ¿Por que te digo todo esto? no lo se.
Este que ha muerto mi pobre viejecilla, me acuerdo
mucho de estas cosas.... Pero hombre! parece
mentira! cuando voy a Alcala, le avanzo una
oreja de san poste, y le digo que Venecia, la idea
lúbrica Venecia, es sucia, y malsana, y triste como
ella sola, y sin embargo el arte hace de ella una fuente
eterna de ilusion. Así, todas, todas las poblaciones hasta
Constantinopla, atestada de perros y de roña; Fero mis
si me fuera por el arte.... Tuvo
Salvador Rueda

Me da algo muchísimo de gusto te haya gustado Tompkins